

Miguel Ángel Dionisio Vivas.
Victoriano Guisasola, el cardenal demócrata

Valencia: *Ultreia*, 2024, 379 pp. ISBN: 978-84-128605-1-1
<https://ultreia.ucv.es/index.php/ultreia/catalog/book/23>

El libro de Miguel Ángel Dionisio Vivas, *Victoriano Guisasola, el cardenal demócrata*, fruto de un proyecto de investigación del Instituto Español de Historia Eclesiástica de Roma, además de ser una obra histórica científicamente irreprochable, representa un acto de justicia y de reparación, en cierto modo, hacia una de las figuras más importantes de la Iglesia española, a caballo entre el final del s. XIX y las dos primeras décadas del s. XX. De hecho, frente a otros purpurados hispanos de la misma época, como los beatos cardenales Sancha y Spínola, Guisasola parece haber desaparecido en la nebulosa del olvido, que el paso del tiempo se encarga de ir oscureciendo cada vez más, hasta hacer desaparecer, a personajes de la notable talla como el biografiado en esta obra. El Dr. Miguel Ángel Dionisio Vivas, cuya solvencia investigadora en la historia contemporánea de España está más que demostrada con otras obras ya publicadas, que son de referencia, ha elegido una estructura cronológica para reconstruir el periplo vital de Guisasola, y así acercar al lector al hombre, al sacerdote, al obispo y al purpurado, sin obviar otras dimensiones complementarias, como es su vocación social y su participación en la política de su tiempo. Entre el nacimiento del cardenal, en 1852, y su fallecimiento, en 1920, en las páginas de este libro se despliega un abanico cronológico que refleja fielmente la azarosa, pero a la vez fascinante época que le tocó vivir a aquella España que en 1851 había firmado la paz con la Santa Sede mediante la firma de un nuevo concordato, pero que vio sucederse épocas de tranquila renovación de la vida eclesial, y otros momentos turbulentos, como el Sexenio revolucionario (1868-1874), que dio paso a la restauración borbónica, período en el que el cardenal primado desarrolló su ministerio sacerdotal y episcopal, y que ya daba signos manifiestos de agotamiento cuando el purpurado falleció, tres años antes del golpe de Estado de Primo de Rivera.

Tras el obligado prólogo, el texto se divide en tres grandes bloques. En el primero, titulado *Entre Oviedo y Santiago*, el autor describe pormenorizadamente la vida de don Victoriano de Guisasola desde sus primeros años en Oviedo, donde nació y empezó sus estudios, hasta las postrimerías de su episcopado en Valencia (1852-1914). El segundo bloque abarca los años como arzobispo de Toledo y primado de España (1914-1920), con un especial énfasis en el análisis de las medidas de gobierno pastoral que intentó llevar adelante en la todavía vasta geográficamente archidiócesis toledana. Finalmente, el tercer bloque

ofrece la vertiente más desconocida y menos valorada de Guisasola, que fue su labor dentro del llamado *catolicismo social*, desde el sindicalismo obrero hasta la promoción de la mujer en Acción Católica, sin olvidar el intento de creación de una Democracia Cristiana en España, que canalizase debidamente y sin extremismos, la presencia de los católicos en la intrincada y compleja vida política de la España anterior a la Dictadura de Primo de Rivera.

Un año después de la vuelta de Alfonso XII a España, ya como rey, el joven Victoriano Guisasola fue ordenado sacerdote cuando apenas contaba 23 años, en 1876. Como presbítero, y con su sólida formación jurídica tanto teológica como jurídica en derecho canónico y derecho civil, el futuro primado empezó a trabajar bajo la sombra protectora de su tío paterno, con quien compartía nombre: Victoriano Guisasola Rodríguez, que fue sucesivamente obispo de Tuel (1874-1876), Ciudad Real (1876-1881), Orihuela (1881-1886), y finalmente arzobispo de Santiago de Compostela (1886-1888). El sobrino acompañó a su tío en su periplo episcopal, hasta llegar finalmente a Santiago de Compostela, y tras su fallecimiento, el cabildo compostelano lo eligió como vicario capitular, en 1888. Esta elección muestra ya el claro ascendiente que Guisasola tenía sobre una corporación tan variopinta, y en ocasiones tan refractaria y enfrentada al ministerio episcopal, como era el cabildo de una catedral, y no de cualquier catedral, sino en este caso, de Santiago de Compostela, lo que evidencia sobradamente las claras dotes diplomáticas y de gobierno del futuro purpurado, a pesar de su juventud.

Sin duda alguna, las cualidades intelectuales y pastorales de Guisasola encontraron junto a su tío una magnífica escuela donde madurar y crecer, pues de su mano pudo conocer los entresijos del gobierno tanto en una diócesis que daba los primeros pasos, como Ciudad Real, como en una con un marcado peso de tradición secular, como Compostela. Y ahí se detecta una de las características que marcarán el ministerio episcopal del primado: un sano e inteligente posibilismo, exento de cualquier atisbo maquiavélico, para ubicar a la Iglesia en un nuevo panorama político y social, sin abdicar de lo que es innegociable, pero tampoco sin encastillarse en posiciones defensivas cerradas a cualquier diálogo, atrincherado en una malsana vinculación con opciones políticas quiméricas, sin futuro alguno, como le ocurrió a buena parte del catolicismo español con el carlismo, lo que acarreó no pocas consecuencias negativas a la Iglesia española, como es sabido, a pesar de las advertencias, por ejemplo, del mismo León XIII.

El Dr. Dionisio Vivas ofrece al lector un repaso historiográfico por las distintas diócesis que rigió don Victoriano Guisasola, desde su elevación al episcopado con apenas 41 años, su breve paso por Osma (1893-1897), Jaén (1897-1901) y Madrid (1901-1905), hasta su gobierno, cronológicamente más dilatado, en Valencia (1905-1914) y Toledo (1914-1920).

En Jaén, por ejemplo, sucedió al anciano obispo don Manuel María González y Sánchez (1877-1896), y su episcopado fue un auténtico revulsivo que puso en marcha proyectos ambiciosos, destinados a perdurar, como fue el inicio de la construcción del nuevo Seminario, la renovación de los estatutos

del Cabildo catedral, y la puesta en práctica, tras varios años sin realizarse, de la visita pastoral a todo el territorio diocesano, sin olvidar la celebración del Jubileo de 1900, con la consagración de la diócesis al Sagrado Corazón de Jesús, secundando las indicaciones que León XIII había hecho para la Iglesia universal. El entonces obispo de Jaén quiso que en este Jubileo los niños tuviesen un protagonismo especial, y la mayor parte de los actos programados giraron en torno a la catequesis, aunque, por presiones y amenazas anticlericales ante el anuncio de una gran procesión infantil por las calles de la ciudad, con la que culminarían los actos del Jubileo, Guisasola prefirió cancelarla para evitar males mayores. Este dato muestra el otro extremo ideológico con el que se vio obligado a tratar el primado: el anticlericalismo, que se cerraba a cualquier tipo de diálogo con la Iglesia, por considerarlo una concesión inútil y un reconocimiento de pretendidos privilegios que no tenían cabida en la sociedad que, desde posiciones radicales, se intentaba construir en la España de entonces.

No quisiera olvidar que, siendo obispo de Jaén, en 1899 Guisasola fue nombrado senador en representación de la provincia eclesiástica de Granada, siendo ratificada esta elección, pero como representante de la provincia eclesiástica de Toledo en 1903, y dos años después se convirtió en senador por derecho propio, ocupando este cargo hasta su fallecimiento, en 1920. Esta presencia del prelado en el Senado posibilitó a Guisasola toda una serie de ricos contactos con los políticos españoles de la época, del todo el espectro representado en la Cámara Alta.

Indudablemente, el autor se centra con más detenimiento en el período de Guisasola como arzobispo de Toledo y cardenal primado de España. Frente a una visión reduccionista, que puede surgir de la pretendida primacía de lo político en el perfil episcopal del purpurado, como a veces se ha hecho, con una notable base documental y bibliográfica el Dr. Dionisio Vivas profundiza en la vertiente netamente pastoral del gobierno del primado en su archidiócesis, mostrando con detalle aspectos tan importante como el interés de Guisasola por las vocaciones sacerdotales -que ya había manifestado en sus anteriores diócesis, con la creación de seminarios, como en Jaén, o el apoyo a la construcción de nuevos edificios para la formación de los aspirantes al sacerdocio, como hizo en Madrid-, la atención pastoral a la archidiócesis, la defensa del patrimonio artístico de la Iglesia, o su participación directa en la consagración de España al Sagrado Corazón, un año antes de su fallecimiento. Y todo ello, sin recluirse en un provincialismo empobrecedor, siendo haciéndose eco de las grandes cuestiones que sacudían tanto el escenario político nacional, como las polémicas electorales y en el campo de la enseñanza, como el internacional. Así lo demuestra el interés del cardenal por la paz en Europa y la crisis de 1917, el final de la I Guerra Mundial o su cercanía al episcopado mexicano, vejado por la política anticlerical del gobierno de aquel país, preludio de lo que fue, apenas unos años más tarde, la guerra cristera.

La muerte de Guisasola tiene notas de tragedia. De una tragedia penosa y triste, que en muchos aspectos es como una radiografía profunda de la España

de entonces. Fue el final triste de una vida rica en entrega a la Iglesia y a la sociedad, que no cosechó con justicia todo lo bueno que el primado sembró con su trabajo, ni fue reconocida en su justo alcance ni en la Iglesia ni fuera de ella. Quizás ni la sociedad ni la Iglesia española de entonces estaban preparadas para tener la amplitud de miras que Guisasola sí tuvo, y que intentó materializar tanto en su ministerio episcopal como en su vertiente social, con iniciativas que fracasaron por la hostilidad abierta de muchos, tanto dentro como fuera de la Iglesia, y que, por ello, amargaron los últimos años de la vida del cardenal.

Aunque en historia no se puede hacer ciencia ficción ni predicciones hipotéticas de lo que pudo haber sucedido, pero no llegó a pasar, no es descabellado pensar que, si la Iglesia hubiese girado siguiendo la dirección que deseaba Guisasola para ella, y el diálogo con los agentes políticos de entonces hubiese sido más franco, la historia de España en los años sucesivos no hubiese sido tan dolorosa y fratricida. Su fracaso con el sindicalismo obrero católico, y sobre todo con su proyecto de crear una Democracia Cristiana en España, muestran a las claras lo quimérico que podía ser, en aquella España cainita, intentar dar cuerpo a esa tercera España, que incluso un siglo después del fallecimiento del primado, parece que no termina de abrirse paso, por tener el corazón helado por una de las otras dos Españas, parafraseando al poeta Antonio Machado.

Queda el consuelo de que al menos, pasados 104 años de la muerte de Guisasola, la densa y bien trabada obra de Miguel Ángel Dionisio Vivas hace justicia a un personaje clave en la historia civil y eclesial de España, y lo hace sin afán apologético estéril e indocumentado sino con el deseo de servir a la verdad histórica. Para ello, el autor ha trabajado en numerosos archivos y demuestra que conoce en profundidad la bibliografía relativa al tema que estudia. Y por eso, todo ello unido a un estilo de redacción pulcro y atrayente, hacen de esta obra un ejercicio de caridad intelectual, que diría San Pablo VI, y, en consecuencia, un ejemplo a seguir en el campo de la historiografía contemporánea.

Francisco Juan Martínez Rojas
Instituto Español de Historia Eclesiástica
Roma, Italia
franmartinezrojas@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0002-6113-2416>